

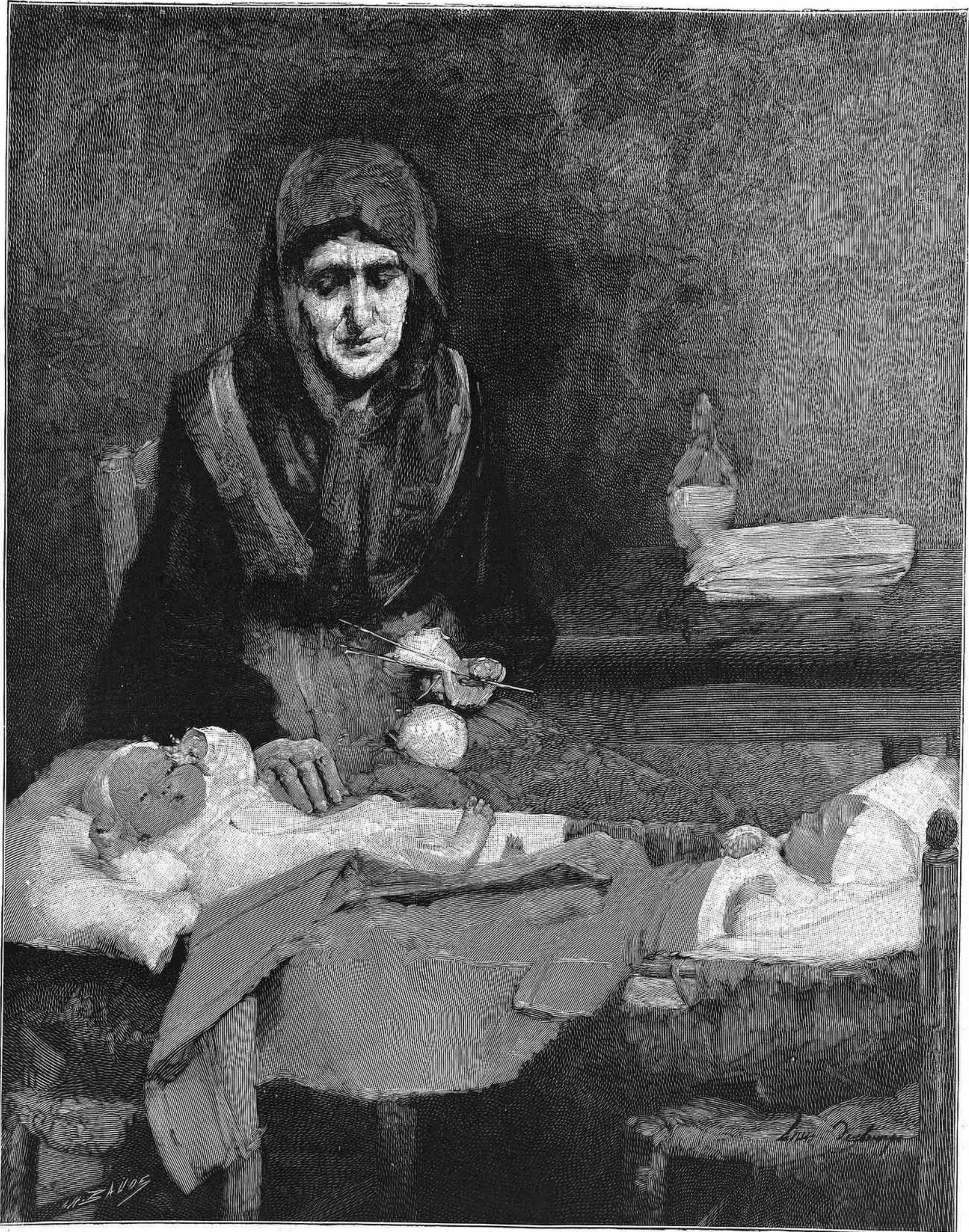


AÑO IV

← BARCELONA 29 DE JUNIO DE 1885 →

NÚM. 183

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LOS GEMELOS, cuadro por Luis Deschamps



## SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—EL PASTOR BLANCO, por don Felipe Burgos y Campillo.—LA CRUZ MÁS SANTA (*continuación*), por don Antonio de Trueba.—LA DANZA MORISCA.

GRABADOS: LOS GEMELOS, cuadro por Luis Deschamps.—LA EMBOSCADA, cuadro por C. Kiesel.—REPARTO DEL BOTIN, cuadro por J. Weiser.—PARTE DEL TECHO DE LA CASA CONSISTORIAL EN MUNICH.—LA CASA CONSISTORIAL EN MUNICH.—LA DANZA MORISCA.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: LA CAZA EN EL MAR, cuadro por M. Guillon.

## LA VUELTA AL AÑO

MADRID

¡Muchas gracias!—El cólera.—Bacterídico.—El leon que muere.—Diálogos.—Flamenquismo rojo.—Sin tiendas.

Dichosa ausencia la mía, esta que me ha tenido lejos de Madrid durante quince días, porque á más del agrado del viaje, he tenido el de que en las páginas de LA ILUSTRACION ARTISTICA me substituyó una pluma tan ingeniosa como la del Sr. Rodriguez Chaves, que escribió la revista madrileña de la quincena anterior. Aunque en verdad, en verdad, no sé si arrepentirme del viaje y dolerme de la sustitucion, que no ha sido todo lo leal que me conviniere, por cuanto las gracias de su estilo han de oscurecer el mio, y el brillo de su prosa ha de hacer pálida la mía. Gracias, querido Chaves, por tu sustitucion. Gracias por haber llenado el hueco que ocupó en esta página. Al ocuparle yo de nuevo vengo como asustado y temeroso de que el público no pida que me marche á un veraneo definitivo, á ver si tú sigues tejiendo guirnaldas de flores donde yo cuelgo mis cardos sin olor.

\*\*

El aumento de mortalidad producido por el cólera y el crecimiento de la invasion epidémica es el primer asunto que se impone al cronista. Negros crespones flotan en los aires, nubes sombrías oscilan ante las pupilas, tristes tañidos de campana fúnebre palpitan en el aire como titilaciones de dolor. Murcia es hoy azotada espantosamente por el contagio. Las rientes huertas se han cubierto de nieblas funerarias. En las aguas del rio Segura va disuelta la muerte. ¡Ah, maldito rio, padraastro de Murcia! Te conduces con la gentil Sultana como un tutor infame con su inocente pupila. Un día la das pródigas riquezas y otro día, cuando la has adormecido en un sueño de esplendores y gloria, la llevas á la ruina... Ayer dejabas escapar tus ondas de las márgenes y te precipitabas sobre el descuidado vecindario. Hoy nutres tus átomos de envenenadora materia y haces á tus ondas verdes y deleitables vehículo del microbio.

\*\*

La ciencia bacterídica ha dado un nuevo aspecto al problema de la epidemia. El cólera no es ya aquel pálido viajero que venia del Ganges, mal ceñido el oriental túnico de lino, la guadaña al hombro, el odio en el corazón. Ahora es un sér infinitamente pequeño, que vive á cien mil leguas del hombre, protegido de su ira y de su venganza por su misma insignificancia. Apenas si en el campo cristalino del microscopio se le ve hormiguar como un puntito negro, que puede confundirse con un lineamiento de la sombra que hacen en la cóncava lente las pestañas del observador.

Hoy ve la humanidad su enemigo más tremendo en esas familias menudas que deshojan los viñedos, cercenan sus plantíos, roen sus trojes, agujerean las maderas de sus edificios y construyen túneles en el cuerpo del ciudadano hasta dejarle huero é inútil para la existencia.

No es el elefante—ese monstruo con colmillos de marfil;—ni la ballena—ese depósito de grasa ambulante;—ni el condor—ese alado hermano del rayo... Todos estos séres potentísimos han sido vencidos por el hombre que ha convertido al elefante en su bestia de carga, al condor en un tropo poético y al cetáceo en un motivo de sociedades por acciones.

Mientras el hombre discurre, el microbio destroza; mientras la mente vuela, la bacteria mata... Tal vez el mundo, que ha sido hasta hoy el trono del hombre, esté destinado á ser fétido pantano, donde los séres infinitamente pequeños vivan y se disputen con vertiginosa lucha las últimas migajas de la vida.

\*\*

Mientras asistimos aterrados al nacer del microbio, presenciamos indiferentes el duelo del rey de las selvas. El leon del Retiro ha muerto. Era legendaria aquella huesuda fiera, que se moria de tisis y aburrimiento detrás de los hierros de su jaula. Su demacacion ha llegado al último límite. Ya no podía vivir más. Despues de todo, no hacia falta en el escudo de España.

Ha pasado el tiempo de los leones.

\*\*

—¿Vas de viaje este verano?  
—No me decido.

—Sin embargo, Madrid durante el verano es horrible.  
—Sí; pero yo tengo comodidades. Vivo en una buhardilla.

—¡Pobre amigo! Anímate á ir á San Sebastian... en el tren de recreo cuesta poco.

—¡Si no puedo subir al tranvía por no tener 10 céntimos!

—Este año va á salir de Madrid mucha gente huyendo del cólera.

—Yo me quedo por eso mismo.

—No lo entiendo.

—Sí, hombre, sí: soy una víctima del cólera *nostras*... es decir del cólera de los pobres.

\*\*

—¿Ha notado V. que en el mes de junio ha hecho demasiado fresco? En mi tiempo el verano era verano y el invierno invierno.

—Aprensiones. A V. le pasa una cosa natural: cuando era joven vivia en estío perpétuo. Ahora tiene V. canas en la cabeza. Está V. en la region de las nieves perpétuas.

\*\*

Dolorosos accidentes ocurridos esta semana, han producido indignacion en Madrid.

Así como Jovellanos satirizó furiosamente «aquel majo envuelto en siete varas de pardo manto,» que acecha en la esquina nuestro paso, la opinion ha condenado al *señorito flamenco*. Las costumbres están plagadas de *flamenquismo*.

Si se me permite la palabra, la explicaré.

Lo flamenco no es lo *chulo*. Revela una superior jerarquía social. Es el género *chulesco* enriquecido, abillantado, colocado entre luces de gas, flores, cañas de manzanilla, mujeres cuyo peinado es el rodete y que cantan unas canciones árabe-andaluzas, llenas de *gipios* y suspiros, de melancolía y sensualidad.

Lo flamenco invade á España.

El idioma se plaga de idiotismos *flamencos*.

Una egregia dama, para decir que estaba bien, dijo en ocasion *solemne* que estaba *al pelo*. En un discurso académico se dice que sobre el punto de que se trata, hay «*la mar* de opiniones.» El orador parlamentario, el periodista, el autor dramático, reciben el sello de esta forma de un idioma que se *flamenquiza* rápidamente.

Debajo de esta sancion nacional que recibe el género flamenco, bullen los flamencos. La guitarra, la navaja, la capa de torear, una espuela vaquera, un vergajo, puestos con arte en una panoplia, constituyen el escudo flamenco.

No es el pueblo el responsable de esas bromas pesadas que empiezan en un *colmado* y acaban en el hospital: los protagonistas son muchachos ricos que no tienen ingenio bastante para hacer calaveradas que estén fuera del Código penal.

¡Señores agentes de órden público! procuren Vds. que esa *Odisea* se convierta en causa criminal.

\*\*

Hoy ha amanecido Madrid con las tiendas cerradas. Es la protesta del comercio contra la declaracion oficial del cólera.

Mejor dicho: Madrid no ha amanecido sino á medias. Una ciudad que no abre sus tiendas ni sus cafés es un hombre que no abre los ojos.

J. ORTEGA MUNILLA

## NUESTROS GRABADOS

LOS GEMELOS, cuadro por Luis Deschamps

Dos pobres huérfanos tienen por único amparo á su triste abuela. ¿Podrá la anciana mujer suportar tan ruda carga? Hé aquí la pregunta que cualquiera se hace y que, sin embargo, no se ha hecho la abuela de los huérfanos. Ha consultado simplemente su corazón y ha descubierto en él un inesperado tesoro, un tesoro inagotable de amor y de resignacion. Ella velará el sueño de esos niños sin madre, ella hará prodigios de trabajo para suplir al padre de que carecen sus nietecitos, ella sucumbirá probablemente al pie de esas cunas, pero no abandonará el puesto de honor en que valientemente se ha colocado. ¡Para algo se ha dicho que las abuelas son madres dos veces!

Deschamps ha interpretado esta situacion de una manera conmovedora. A la vista de esa anciana demacrada por el dolor y las vigias, de esos niños inocentes que duermen ó sonrien en la cuna, completamente ajenos á su desdicha, las lágrimas asoman á los ojos del espectador y la heroína del deber adquiere las proporciones de un ángel.

Este cuadro es una de las joyas de la última Exposicion de Paris: su autor ha demostrado que el dibujo y el color pueden ser grandes conductores del sentimiento.

LA EMBOSCADA, cuadro por C. Kiesel

¡Oh!... Esa mujer tiene celos... Indudablemente tiene celos... Hace lo posible para contener la explosion de sus sentimientos; pero no hay cuidado, ellos estallarán.

Se ha retirado del baile porque halló á faltar la única pareja que concentraba su atencion; se ha despojado del antifaz porque el antifaz la ahogaba... Y sin embargo, no

quiere ser vista, no quiere ser conocida... Cual si las sombras de la noche no fueran bastantes para protegerla, interpone el abanico japonés entre su rostro y las miradas de los imprudentes. Quiere ver y no ser vista... Emboscada segura.

¿Qué sucederá cuando se cerciore del agravio?... Probablemente algo grave, algo sonado; porque la mujer abandonada á sus instintos, maldito si calcula que todo trueno supone un rayo. A pesar de lo cual, el tipo de nuestra heroína no nos parece demasiado temible: hay en él cierta frialdad impropia de la situacion tirante en que la presenta el autor del cuadro. Más que una amante celosa que se oculta para sorprender á la amiga infiel y al amante ingrato; parece la madre que intenta cerciorarse de la primera calaverada de su hijo. En nuestro concepto, el asunto se prestaba á una forma más vigorosa, á una manifestacion más terrible, á una actitud más dramática. En cambio ¡cuánta elegancia en el dibujo! ¡Qué maestría en el grabado!... No en vano Brend'amour firma esa maravilla de ejecucion.

REPARTO DEL BOTIN, cuadro por J. Weiser

Consumóse el delito. Envueltos en la sombra de la noche, los bandidos asaltaron á los nobles viajeros y condujéronlos, atados, á una de esas destartadas ventas, gazerperas establecidas junto á todos los caminos en que semejantes desafueros comunmente se cometen.

Despues del robo viene el reparto del botin; es lo natural: primero apropiarse las cosas ajenas; despues se discutirá el destino que haya de darse á las personas.

No se crea, empero, que repartirse un botin media docena de caballeros de encrucijada, sea cosa trivial y que se lleve á cabo sin complicaciones muy serias. Frecuentemente las cuestiones á que da lugar esa especie de reparto de dividendos activos, ahorra no poco trabajo al ejecutor de la justicia. Los bandidos de nuestro cuadro se hallan en disposicion de armar la gorda, y como el que parece su capitán no ponga órden entre ellos á cuchillada limpia, es de temer que la cuadrilla experimente alguna baja.

El asunto tratado por Weiser dista mucho de ser nuevo: su ejecucion, empero, corresponde á la importancia del autor. Llama algo la atencion en ese cuadro lo lujoso y hasta bien tratado del traje de los bandoleros, impropio de gentes vagabundas y de profesion tan accidentada. Esto nos induce á creer que los bandidos de Weiser pueden pertenecer á la raza de aquellos antiguos barones feudales que, despues de haber disipado sus rentas en la crápula, se dedicaban á la lucrativa operacion de despojar á sus vecinos, por cuantos medios inspira la fuerza al servicio de la necesidad.

## SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA CAZA EN EL MAR, cuadro por M. Guillon

No diremos nosotros, ni mucho ménos, que la caza no sea, profesion ó recreo, ejercicio sano y noble y antiguo, sobre todo. Los antiguos la divinizaron, entre otros en la persona de Diana, que es una especie de Nemrod con faldas, ó más propiamente dicho, sin ellas. Los cristianos dicen que San Huberto fué diestro cazador, lo cual podrá ser verdad, como podrá serlo más probablemente que no fuese su habilidad cinegética la que le abriese las puertas del cielo. Hoy es de gentes *comme il faut* correr llanos y montes tras unas perdices que no se dejan ver sino guiadas, en la mesa de sus perseguidores.

Todo es muy cierto, como tambien que la aficion á la caza ha trascendido á las damas, que toman en ella no la parte pasiva de las antiguas castellanas, sino la muy activa de apuntar, hacer fuego y dar en tierra ó en agua con la pobre ave que se pone al alcance del cañon de su escopeta. Nada hay que oponer á ello; las damas de nuestro cuadro son irreprochables, y hasta hemos de confesar que la actitud de un cazador, sin distincion de sexo, bien con el dedo en el gatillo acechando su víctima, bien tendiéndola el arcabuz con faz serena, no está exenta de elegancia...

Comprendemos, pues, el cuadro de Guillon, perfectamente dibujado, que respira plácida calma y cuyo color debe auxiliar no poco el efecto que ha producido entre los artistas. Pero...

Con franqueza; no estamos por las mujeres cazadoras: á las damas se las debiera tratar siempre como damas. ¿Qué significa una escopeta en sus manos?... ¿Para qué han de hacer fuego con otras armas que las de sus ojos, que brotan llamas y abrasan corazones?...

## EL PASTOR BLANCO

I

El raro suceso que voy á referir á nuestros lectores acaeció no hace muchos años en Abaixo, pueblo situado en la circunscripcion de la Coruña. Pero he dicho pueblo y me he equivocado, porque ahora está despoblado y sólo se ven en él las casas, la mayor parte ruinosas, que ántes ocupaban sus moradores.

En pleno siglo XIX, parece que ha sufrido una de aquellas maldiciones de la Edad media que llenaban de terror á toda una comarca, y aunque no está sembrado de sal, su territorio nada produce.

No hace mucho, en el año de 1876, estaba habitado y



se componía de ciento y tantos vecinos que valían por muchos más, puesto que la mayor parte de ellos llevaban los ilustres apellidos de *Feito ó Garrido* que han dado origen á la sabida copla:

Antes que Dios fuese Dios  
Y fuera el mundo nacido,  
Ya los Feitos eran feitos (1)  
Y los Garridos garridos (2).

En la época á que me refiero, don Celedonio Molañas, médico titular del pueblo y hombre sabio á todas luces, estaba recién casado con una jóven de la localidad, y el matrimonio se llevaba bien, no obstante la notoria diferencia que mediaba entre ambos cónyuges.

Don Celedonio era manchego, natural de Valdepeñas, tenía cincuenta y dos años de edad, una fealdad supina, y una nariz grande y aguileña llena de costuras herpéticas que hacíanla parecerse á la concha de un caracol. Su esposa Angelina era una galleguita que rayaba en la vigésima primavera; blanca, rubia, con unos ojos parteros que daban el opio.

¿Por qué se efectuó ese enlace desigual?

Porque Angelina era más pobre que una rata y ella y su madre, la tía Petrona, lavandera á domicilio, vivían en la mayor estrechez. ¿Cómo resistir á las pretensiones amorosas de don Celedonio, médico titular del pueblo, con una retribucion de 1,200 pesetas anuales, lo cual equivale en Abaixo á vivir con más holgura que muchos grandes de España en Madrid?

Angelina, pues, se resignó á sufrir la nariz acaracolada de su pretendiente, y ya casada tuvo gratas compensaciones. Ascendió á *Señora física*, pues en Galicia, así como en algunos pueblos de Castilla, llaman *físicos* á los médicos y cirujanos. Además ¿no vale nada ser esposa de un sabio? Porque ya he dicho que don Celedonio lo era, y hacia cinco años que se ocupaba en escribir un tratado de la *Elephantiasis*, ó sease lepra de los árabes; punto oscuro en la ciencia que aquel estaba llamado á esclarecer.

En esta conformidad vivían tranquilos los dos esposos y su hogar era, así como también el pueblo de Abaixo, una balsa de aceite; hasta que el diablo, que todo lo enreda, vino á turbar primero la paz octaviana de la población, y despues á destruir el bienestar conyugal de aquel matrimonio.

Hé aquí de qué manera.

Comenzó á susurrarse por el pueblo que se había aparecido la sombra, espectro, alma en pena, ó llámese como se quiera, del Pastor blanco.

Es preciso decir algo acerca de este pastor para mayor inteligencia de los hechos subsiguientes.

II

Dos años ántes existía en el pueblo un pastor comunal, por decirlo así, puesto que era el encargado de llevar á pacer las cabras y ovejas del vecindario, mediante la módica retribucion de dos cuartos por cabeza, cada tres días. Se ignora su verdadero nombre y sólo era conocido por el tío Landre, porque repetía con frecuencia la exclamacion de: *Mala landre*, que tampoco he sabido nunca lo que significa. Pero si llamaban tío Landre al pastor cuando hablaban con él, en referencia siempre le apodaban el Pastor blanco en atencion á una excentricidad del aludido, porque el tío Landre siempre iba vestido de blanco ó por lo ménos con cosas que primitivamente habían sido blancas.

Usaba una montera de pellejo blanco, una zamarra y calzones de blanca zalea, unas abarcas de idem, y para colmo de blancura, además de los mechones blancos de su melena gallega, hasta el cayado, que era de fresno, ostentaba el albo color del descortezamiento.

El Pastor blanco no sólo era pastor, sino que también agorero, saludador y curandero, ejerciendo con éxito todos estos oficios, con la particularidad de que lo mismo curaba á una bestia que á un cristiano.

Imitaba á todos los animales excepto el besugo; dibujaba figuras cabalísticas en la arena; daba á las estrellas nombres extraños y era ventrílocuo de voz lejana.

Era gallego, pero no se sabía de qué localidad, ni se le conocía familia. Inspiraba una atraccion simpática y supersticiosa y se había hecho popular. Era mirado con ojeriza por el clero, que en Abaixo estaba constituido por el cura párroco, un sacristan y un acólito; ojeriza que tenía razon de ser, puesto que el Pastor blanco nunca cumplía con la Iglesia ni jamás puso los pies en ella; así es que á no existir ya los derechos individuales, pasáralo mal el descreido pastor.

Murió en el campo, casi de repente. Junto al sitio donde le hallaron muerto encontraron dibujada en la arena la figura de un demonio con una cola descomunal. El clero se opuso á que fuera enterrado en lugar sagrado, y un albañil á quien había extirpado la solitaria y un leñador que le debía la existencia de un burro de su propiedad, cavaron una fosa en un campo baldío y abandonado de los alrededores del pueblo y depositaron en ella el cuerpo del tío Landre.

Su recuerdo no se borró de la memoria de los habitantes de Abaixo por la siguiente circunstancia.

El hijo del fiel de fechos estaba de pasante en una escribanía de la Coruña en donde adquirió algunas nocio-

nes de dibujo y pintura, y en una temporada que pasó al lado de su familia tuvo la humorada de retratar al Pastor blanco en una acuarela de la cual sacó muchas copias que repartió entre los vecinos del pueblo; así es que en una casa sí y otra no veíase la imágen del susodicho, pendiente de la pared, ora encerrada en un marco ó bien sencillamente sujeta con clavos. Aseguraban todos que el retrato se parecía mucho al original y que la montera, sobre todo, era un prodigio de exactitud.

Pues, como iba diciendo, tres meses despues de la boda de D. Celedonio se susurró en el pueblo la aparicion del Pastor blanco. Un leñador habíale visto atravesando un castañar; unas mujeres que lavaban en el único arroyo que hay en el pueblo percibieron en la lejanía una sombra blanca que seguía la corriente con los pies metidos en el agua; y, en fin, el monaguillo de la iglesia dijo que, habiendo abandonado la cama en las altas horas de la madrugada, por causa de un dolor de muelas, vió desde el presbiterio el espectro del tío Landre sentado sobre la veleta de la torre. Esta última version, empero, no fué creída, porque sombra y todo, como la veleta era puntiaguada, no se comprendía aquella especie de empalamiento.

En este estado las cosas llegó la noche del 23 de agosto del año de gracia de 1871, noche horrenda, noche señalada con sangre en los fastos de Abaixo.

III

Hacia mucho calor. Grandes nubes surcadas de relámpagos encapotaban el cielo. La atmósfera estaba cargada de electricidad.

Poco ántes de la hora de los aquelarres, don Celedonio roncaba en su lecho nupcial, y su jóven esposa, entre despierta y dormida, se agitaba inquieta y nerviosa.

La ventana de la habitacion estaba medio entornada.

De repente se oyó una descarga de truenos, los relámpagos se hicieron más frecuentes y gruesas gotas de lluvia azotaron los cristales.

Una bocanada de viento abrió de par en par la ventana, y Angelina, que había entreabierto los ojos asustada, vió saltar por aquella una sombra indefinible que se acercó á la cama con rapidez.

Era el Pastor blanco.

Durante un momento la luz de un relámpago formó un halo luminoso en rededor del pico de su montera.

La pobre jóven, asombrada y muda de terror, se tapó la cabeza con la sábana.

A todo esto don Celedonio seguía roncando.

Un momento despues oyóse un grito de dolor que se confundió con el estampido de un trueno.

Angelina, inmóvil, con la cabeza tapada, estaba medio desvanecida; pero una humedad fria y pegajosa que sintió en el brazo izquierdo hizola volver en sí. ¿Qué significaba aquello? ¿Por qué estaba mojado el lecho nupcial? ¿Sería la lluvia que había penetrado en la habitacion? ¿Sería acaso que don Celedonio... ¡Imposible! Don Celedonio, aunque viejo, era limpio como los chorros del oro.

No oyendo ningun ruido, la consternada jóven se aventuró á destaparse y á abrir los ojos. Brilló un relámpago, se miró el brazo... ¡Horror! su brazo y su camisa estaban empapados en sangre.

Loca de espanto, Angelina saltó de la cama, buscó á tientas el corredor, gritó llamando á su madre, que dormía en el piso alto de la casa; acudió aquella, así como también una criadita de catorce años, encendieron luz, penetraron en el dormitorio y encontraron al sabio médico, pálido, inmóvil, bañado en sangre que manaba de una profunda herida que tenía en el cuello.

La catástrofe cundió por el pueblo, puso en movimiento todo el vecindario, dióse parte al juzgado de la Coruña y algunas horas despues se presentó un juez que comenzó á practicar las primeras diligencias.

Estas y las segundas y todas fueron inútiles. Don Celedonio tenía abierta la yugular: era lo único que se sabía. El robo no había sido el móvil del crimen puesto que en la casa nada faltaba; al médico no se le conocían enemigos; y la declaracion de Angelina era inadmisibile, pues si bien la mayoría de los habitantes del pueblo pudo creer al Pastor blanco autor del delito, el juez, como es natural, rechazaba esta suposicion.

Era un crimen inexplicable, misterioso, de esos que desesperan á la vindicta pública. El representante de la justicia, con la sagacidad que da la práctica, hubo de convenirse bien pronto de la inocencia de Angelina y cansado de inútiles investigaciones se volvió á la Coruña.

La jóven viuda, vestida de luto, lloró á su marido con doble motivo, porque este no había dejado más que setenta y dos duros, algunos libros é instrumentos de cirujía y el famoso tratado de la Elephantiasis sin concluir. Pasados algunos meses la miseria volvió á llamar á su puerta y tuvo que vender á bajo precio al nuevo médico del pueblo, que era casado, los libros é instrumentos: en cuanto al tratado no lo quiso, por ser, segun decia, un atajo de disparates.

¡Envidia profesional!

IV

Al terminar el año de viudez, la salió á Angelina un pretendiente.

Era el hijo del gaitero del pueblo. Jóven, guapo, con la nariz correcta, se llamaba Anselmo como el héroe de las bodas de Camacho. Se decia que su padre tenía ahorrados muchos cuartos, y por todas estas circunstancias

nadie extrañó el que la viudita, viéndose desamparada, le hiciese cara y que, trascurridos algunos meses más, se casase con él. Ya no era la señora del físico, pero su segundo marido le tenía mejor que el primero. No obstante, debo decir, en honor de la verdad, que Angelina se acordaba con sentimiento de su malogrado cónyuge especialmente en los días de tempestad.

Desde la noche del crimen todo el pueblo de Abaixo estaba escamado, en particular los hombres casados, y se cerraban todas las puertas y ventanas á piedra y lodo, á pesar de saberse que los espectros, en caso necesario, pueden filtrarse por las paredes.

Pero el Pastor blanco no volvió á aparecer. Angelina se fué tranquilizando poco á poco y el crimen siguió velado en las sombras del misterio.

El jóven matrimonio vivía tranquilo y al parecer feliz. Ella, sin embargo, experimentaba algunas contrariedades de amor propio y domésticas.

Cuando iba á la iglesia á la misa mayor no se sentaba ya en el banco reservado para el físico. Además, en algunas ocasiones se quedaba sola en su casa, porque su marido, gaitero como su padre, solía acompañar á este á las fiestas de los pueblos de los alrededores, ya que eran dos músicos que inflaban sus instrumentos á la perfeccion. Una de estas ausencias de Anselmo fué providencial. La justicia divina, en sus inescrutables designios, se valió de un pobre é insignificante instrumento para castigar la maldad impune. Al dar de comer Angelina á los conejos, que moraban en el corral de la casa, uno de ellos se escapó, ocultándose no se sabe dónde. Buscóle aquella por todas partes, primero en las piezas bajas, luego en el primer piso y últimamente en el sobrado ó granero, en donde no había ninguna clase de cereales y sí sólo algunas gaitas inválidas y un arcon, en el que Angelina nunca se había fijado suponiéndole vacío. Pero aquel día la curiosidad, hija á veces de la soledad, y tal vez la suposicion de que el fugitivo conejo pudiera haberse introducido en él por algun agujero, hizo que la jóven abriera el arcon, que no tenía cerradura, no sin trabajo, porque la tapa era muy pesada.

Abrióle pues; el mueble estaba casi vacío, pero Angelina vió en uno de sus rincones un lio grande, y es inútil decir que quiso enterarse de lo que era, como cualquiera hija de Eva hubiera hecho en su caso. ¡Fatal curiosidad!

Desdobló el lio y... ¡cuál fué su asombro al ver una montera, una zamarra ó pellico, unos calzones y unas abarcas, todo de un color blanco sucio! No cabía duda; aquella vestimenta se parecía á la que usaba el Pastor blanco, ó tal vez era la misma. La impresion que sintió Angelina fué tanto más profunda por cuanto era más inesperada.

Un rayo de luz penetró en su entendimiento. Contempló con extraviados ojos aquellas prendas acusadoras y notó en el pellico manchas de sangre.

Sus facciones se contrajeron, los ojos se le saltaban de las órbitas, sus dientes castañeteaban, sus manos se abrian y cerraban convulsivamente.

De repente prorumpió en una carcajada.

Estaba loca.

Comenzó á dar vueltas por el granero.

Súbito se detuvo, hizo una mueca indescriptible y riendo de un modo convulsivo y estridente se fué desnudando hasta quedarse en camisa.

Despues... ¡Altos juicios de Dios! se vistió con el traje de Pastor blanco y hasta se puso la montera ladeada á la izquierda como éste la llevaba.

Hecho esto, asomóse á la ventana del sobrado, que da á la calle y empezó á gritar y á reír.

Viéronla algunos que pasaban y se detuvieron sorprendidos. Se fué formando un grupo en el cual se hallaba el médico del pueblo: por fin todos entraron en la casa, y no hallando á nadie en las piezas bajas, subieron al granero.

En la escalera les alcanzaron la tía Petrona, madre de Angelina, que venía de fuera, y el escribano del pueblo, atraído por la novedad.

Al verse en presencia de tanta gente, Angelina comenzó á hacer grotescas reverencias, á cantar y á bailar.

De vez en cuando se pasaba la mano por el cuello como haciendo ademán de degollarse, repitiendo esta frase con una canturía extraña:

—Yo soy pastor, gaitero, y mato.

El escribano estaba pensativo y no hacia más que escudriñar la pieza con su sagaz mirada fijándose en el arcon.

La tía Petrona, estupefacta, quiso sacar de allí á su hija, pero ésta se resistía prosiguiendo en sus muecas y en sus cantos.

Así las cosas, oyóse ruido de pasos en la escalera y poco despues se presentó Anselmo.

El gaitero acababa de llegar al pueblo y á su casa cuya puerta encontró abierta, y atraído por el ruido, subió á donde se hallaban todos. Al ver á su mujer vestida de Pastor blanco experimentó una conmocion terrible: miró involuntariamente hácia el arcon, se puso lívido, quiso hablar y no pudo.

Entónces el escribano, que le había observado con fijeza, se acercó á él, y poniéndole una mano en el hombro, dijo:

—Tú eres el asesino de don Celedonio; date preso en nombre de la Ley.

V

Angelina fué llevada á la sala de dementes del hospital de la Coruña y su marido á la cárcel. En la segunda de-

(1) Hechos, en gallego.

(2) Guapos, buenos mozos.





LA EMBOSCADA, cuadro por C. Kiesel







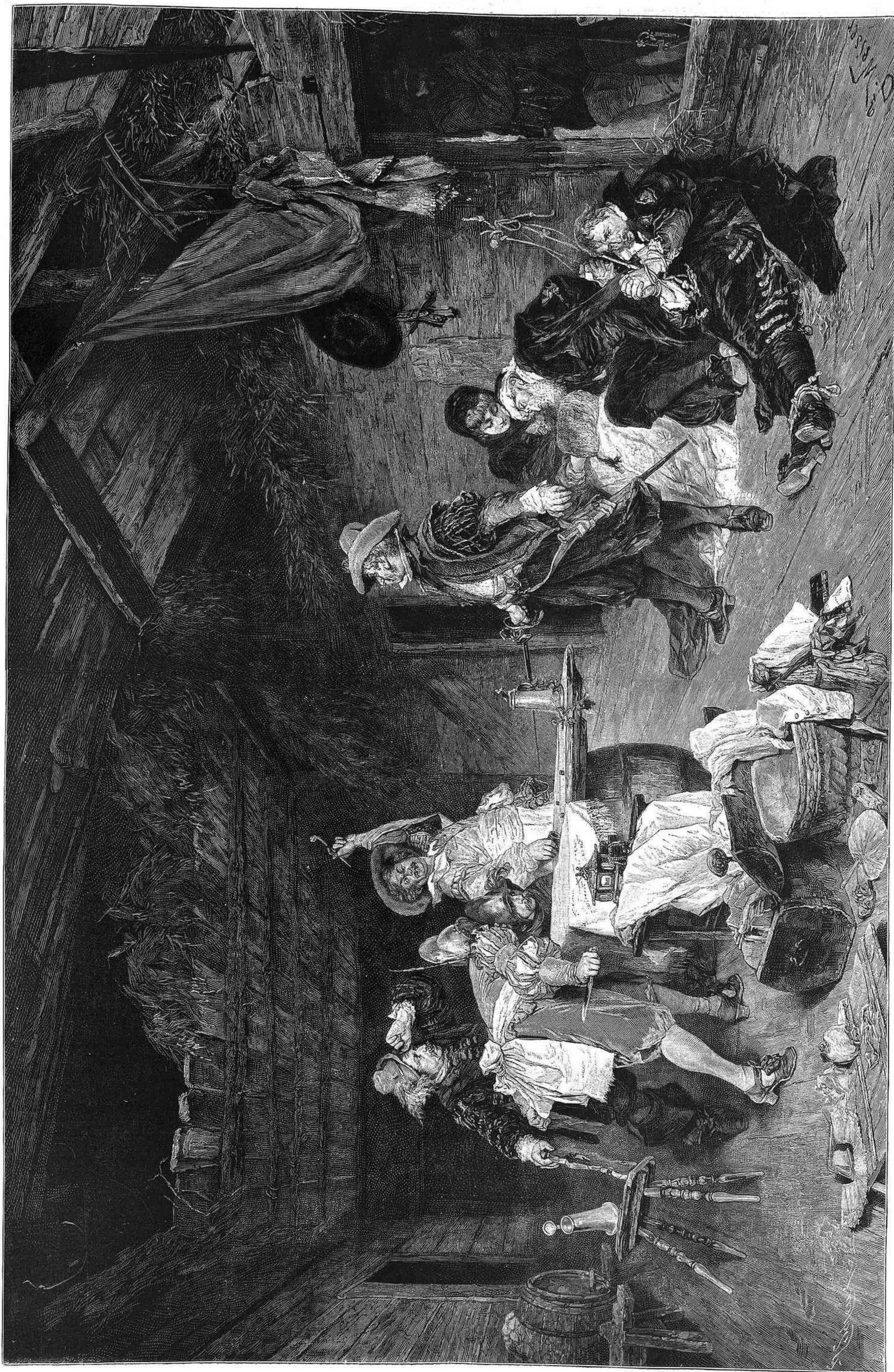


CAZA EN EL MAR, CUADRO POR M. GILLOU









REPARTO DEL BOTIN, cuadro por J. Weiser



claracion éste confesó de plano; dijo que impulsado por su loca pasion hacía Angelina y por los celos, habia concebido y puesto en práctica la idea de fingirse la sombra del Pastor blanco para deshacerse de don Celedonio. La causa se tramitó con rapidez, pero cuando se habia señalado ya día para la vista, el médico de la cárcel dió parte de que el procesado se hallaba en gran peligro de muerte á causa de una tísis galopante. Con este motivo se suspendieron los procedimientos, pues Anselmo murió á las pocas semanas.

Angelina aún vive, pero siempre loca y repitiendo su eterno estribillo:

—Yo soy pastor, gaitero, y mato.

FELIPE BURGOS Y CAMPILLO

## LA CRUZ MAS SANTA

(LEYENDA DEL SIGLO XV)

POR DON ANTONIO DE TRUEBA

(Continuacion)

Frutos de toda especie henchian la torre de Arangüren y los edificios adyacentes á ella. La miel y la cera de centenares de colmenas colocadas en múltiples y dilatadas hileras resguardadas de los frios vientos del Norte y del Noroeste en los soleados declives que dominaban á la planicie de Olarte; espacios granero lleno hasta el techo de rico trigo; copia abundantísima de castaña, nuez, manzana y otros frutos; bodega enriquecida con un centenar de cubas de vino y sidra; lonja atestada de fierro labrado en las cuatro ferrerías que los señores de la torre poseian en Mendi-errecá y alimentaban con la vena del Cuadro y el carbon de sus robleadas y bortaes de las vertientes del hondo y estrecho valle; corral y cobertizos donde se albergaban centenares de aves domésticas y una docena de cerdos engordados con la bellota de los llanos de Uraga y la manzana de Sagastieta; gortes (1) donde toda clase de ganado mayor y menor enriquecía á sus dueños en diversos conceptos, entre ellos el de la produccion de abundante leche que en gran parte se convertía en quesos inteligentemente elaborados en oficina dedicada ex profeso á ello; tal era, incompletamente mencionado, el fruto que los señores de Arangüren obtenian de su amor á la industria pacífica y fecunda y su aversion á las banderías turbulentas, esterilizadoras y crueles.

Hacia tiempo que el caballero de Achúriaga habia manifestado su propósito de poner término inmediato á la hospitalidad que habia encontrado en Arangüren, trasladándose á su solar de Galdames; pero este término se iba aplazando de un día á otro, dando ocasion á ello, más que la falta de firmeza de su decision, el pesar que así Martin Sanchez como su hija mostraban de que dejase de sentarse á su hogar y su mesa.

No era el señor de Arangüren muy diestro en leer en el fondo de los corazones, porque como él llevaba siempre, como suele decirse, el suyo en la mano, creía que á todos cuantos le rodeaban les sucedía lo mismo, y nunca se habia ejercitado en adiestrarse en lecturas tan hondas. Sin embargo de esto, habia creído observar en el mancebo y más que en este en su hija, pesar más grande que el que él sentía cuantas veces venía á su mente la ausencia del caballero de Achúriaga.

Al fin una mañana, en ocasion de haber bajado Marina á orar en el oratorio y de prepararse Martin á ausentarse de la torre para atender al granjeo de sus ferrerías que se preparaban á la labranza con la proximidad del invierno, única estacion en que el caudal de agua de Mendi-errecá les permitía labrar, el de Achúriaga le indicó con emocion inusitada en él, que descaba decirle algo que interesaba grandemente á uno y otro.

Ambos caballeros se encerraron en una estancia propia para platicar reservadamente.

—Señor Martin Sanchez,—dijo el de Achúriaga con humilde y balbuciente tono que denunciaba su inquietud interior,—desde que me cobija vuestro honrado techo han ido naciendo en mí sentimientos y ambiciones que eran para mí desconocidos, y á veces, como en esta ocasion, sacan lágrimas á mis ojos como si mis ojos fueran los de débil mujer ó mancebo afeminado y no, como yo, viril y avezado á no conmovirse ni aún ante el estrago y la sangre de que llegué cubierto á vuestra noble casa.

Y al hablar así el de Achúriaga, ciertamente se arrasaban en lágrimas sus ojos.

El de Arangüren, tambien conmovido, le estrechó la mano diciéndole:

—Huélgame mucho de oír y ver eso en uno de los solariegos de Achúriaga que pasan y han pasado siempre por extraños á tales sentimientos. Mostradme vuestro corazon con la confianza que deben inspiraros mis años y el amor en que he ido trocando, desde que llegasteis á mi casa, si no el odio, porque yo nunca he llegado á odiar á nadie, la repulsion que me inspiraban las aficiones guerreras que parecian vinculadas en los de vuestro linaje.

—Pues, señor, os juro por mi honra que tales aficiones han muerto en mí.

—Plegue á Dios, amigo mio, que no resuciten, y estad cierto de que para mí y los míos fuera gran dicha contribuir en todo, ya que hemos contribuido en parte, á tro-

car la vida que vos y los vuestros traeis por la que traemos nosotros.

—Señor, contribuir podeis en todo.

—Decidme cómo.

—Trocando el nombre de amigo que hoy me dais por el nombre de hijo.

—Eso es imposible,—respondió Martin con tono decisivo, despues de meditar y vacilar un momento.

—Señor!...—murmuró el mancebo con tanta dificultad y tanto dolor como si un puñal clavándose en su pecho hubiese detenido su voz en la garganta.

—No me preguntéis,—continuó Martin,—porqué razon me niego á daros el nombre de hijo, aunque esta negativa acaso sea para mí más dolorosa que para vos, que yo me apresuro á explicároslo. Los solariegos de Achúriaga, por más nobles que sean, son la personificacion de la guerra y la desolacion, y los solariegos de Arangüren son la personificacion de la paz y el trabajo fecundo. Paréceme que hasta los huesos de mis antepasados que duermen bajo las santas bóvedas de San Vicente se levantarían revestidos de carne mortal para maldecirme si yo rompiera la bendecida tradicion de nuestra honrada casa, dando por sucesores en ella á los del linaje de Achúriaga que tarde ó temprano asestarian el hacha al símbolo de paz que sombrea nuestro escudo.

El mancebo que habia escuchado estas palabras con terror parecido al de quien escucha su sentencia de muerte, quiso replicar ó más bien hacer humildes observaciones al de Arangüren, pero éste le interrumpió continuando:

—Tan firme es esta decision mia, que quisiera os aborreciese mi hija cuanto yo os amo para que me ayudara á perseverar en ella.

—Señor, léjos de aborrecerme vuestra hermosa y santamente buena y pura hija, hame dado los testimonios que puede dar un ángel de que su corazon corresponde á los sentimientos del mio.

Al oír esto, Martin se estremeció de espanto, inclinó la frente, quedó silencioso por algunos instantes como entregado á dolorosísima reflexion, y levantándola al fin con los ojos arrasados en lágrimas,—exclamó con tono enérgico y supremamente decisivo:

—Mancebo, mi honrado techo no puede cobijaros ni un día más!

Poco despues el caballero de Achúriaga abandonaba la torre de Arangüren, no saliendo de ella por la puerta principal para seguir calzada arriba, sino saliendo por la zaguera para tomar la colina de Olarte y buscar desde allí el camino de Galdames á fin de disimular su procedencia de casa de Martin Sanchez.

Cuando Marina dejó el oratorio y subió á la torre, su padre le manifestó lo que habia pasado entre él y el caballero de Achúriaga, lo que era tanto como manifestarle las razones que este habia tenido para ausentarse sin despedirse de ella.

—Padre y señor,—dijo la doncella por única observacion besando la mano de su padre,—lo que habeis hecho es digno de vos y de mí.

Pero no bien su padre se alejó de la torre, Marina se encerró en su cámara y allí rompió á llorar silenciosamente, mas con hondo desconsuelo.

## VI

Para comprender la resignacion con que la hija de Martin Sanchez de Arangüren oyó de boca de su padre lo que podia considerarse como sentencia de muerte de la infeliz y hermosa doncella, es necesario saber lo que era la familia en el siglo xv de nuestra era: en la familia no habia entonces más que una voluntad, que era la del esposo ó el padre, que ajustaba la suya á la tradicion de la familia.

Tanto respetaba Marina esta tradicion, que de ser libre su voluntad, hubiera vacilado mucho en unirse con uno de los belicosos solariegos de Achúriaga, temerosa como su padre de que sus predecesores se alzasen de las fosas de San Vicente para maldecir la union que hubiese llevado al tálamo de Arangüren á uno de aquellos á quienes vedaba aspirar á él el santo símbolo de paz que sombrea el escudo de armas del solar más honrado de Mendi-errecá.

Pero ¡ay! aún en aquellos tiempos en que las mujeres y sobre todo las hijas tenian á toda hora hasta en el hogar doméstico el nombre de *señor* en los labios, la razon y la voluntad solian ser esclavos del corazon.

Sólo habian pasado algunos meses desde que el mancebo de Achúriaga habia regresado á su solar de Galdames, y si aquel mancebo hubiese tornado por el de Arangüren, con dificultad hubiera conocido á la hermosa doncella de quien allí tan solícitos cuidados habia recibido: tal era el desmejoramiento que Marina habia experimentado en tan corto tiempo!

El buen Peruchon de Carranza se acercó un día á su amo y le dijo con discrecion suficiente para que nadie pudiese oír sus palabras:

—Señor, el estudio de las dolencias humanas me ha enseñado una cosa muy triste.

—¿Cuál, buen Peruchon?

—La de que cuando ménos la mitad de las dolencias que aquejan á las mujeres tienen su origen y causa en el alma.

—¿Qué quieres decirme con eso, Peruchon?—preguntó Martin al honrado anciano cuyos ojos rebotaban lágrimas á pesar de que solia vanagloriarse de que nunca las habia derramado en el ejercicio del arte á que se dedicaba.

—Quiero decir, señor,—respondió el viejo con voz

entrecortada por los sollozos,—que reniego de toda mi experiencia y de todo mi saber puesto que no alcanzan á dar salud á quien quisiera ver con ella, aunque se llevara el diablo á la humanidad entera empezando por mí.

Martin quiso ensayar una sonrisa al ver la desesperacion un tanto grotesca del viejo, pero no tuvo valor para ello y ántes bien se sintió hondamente conmovido, sin duda adivinando quién ocupaba el fondo del pensamiento del empírico.

—Explícate, buen Peruchon, explícate,—dijo Martin echando amorosamente su brazo al hombro del anciano.

—¿Quién es el doliente que tanto te apena y desespera?

—¿Quién ha de ser sino vuestra hija y mi señora Marina que se nos muere, señor, si vos no inquirís y remediais la enfermedad que padece!

—¿No has acertado tú cual sea?

—En vano lo he intentado, porque sólo he conseguido sospechar que procede del alma.

—Pues bien, tranquilízate, Peru, que yo procuraré averiguar si tu sospecha es fundada y entónces de consuno nos esforzaremos en devolver la salud á la enferma.

Aquel mismo día, Martin, á solas con su hija, interrogó á ésta amorosamente instándola á que le confiara la causa de su mal que, no obstante ser secreta para todos, para él como para Peruchon de Carranza lo era incompletamente. Marina le confesó, en resúmen, que se moría de amor por el mancebo de Achúriaga, por más que su voluntad y su razon luchasen contra aquel amor.

Martin agotó su elocuencia, que hasta tuvo por auxiliares algunas lágrimas que asomaron á sus ojos sin atreverse á descender á sus mejillas, para convencer á su hija de que amaba un imposible; y como la doncella le escuchase sin contradecirle y aún le prometiese hacer el esfuerzo supremo para vencer la pasion que la dominaba, el bondadoso padre y buen caballero se separó de la doncella confiado en que para curar el mal de ésta habia de bastar el remedio que acababa de aplicarle.

## VII

Las ferrerías de Mendi-errecá, cerradas, tristes y silenciosas durante ocho meses del año, en que les faltaba agua para labrar y sólo reinaba alguna animacion en torno de ellas durante los de agosto y setiembre, en que se proveian de carbon sus carboneras y de vena su *ragua* (1), comenzaban á hacer resonar su enorme mazo que se oía hasta desde la llanura de Baracaldo, á hacer rechinar sus barquines ó fuelles y á despedir por su chimenea, en la oscuridad de la noche, alta columna de fuego dividida en millares de menudas y resplandecientes chispas.

(Continuará)

## LA DANZA MORISCA

Uno de los sitios más pintorescos del Munich de la Edad media es el Marienplatz, situado en el barrio más activo de esa artística y no muy bulliciosa capital de Baviera. En su centro elevase la columna dedicada á la Virgen, patrona de la ciudad, sólido pilar de mármol rojo, erigido en el siglo xvii por Maximiliano I, enemigo de Wallenstein, en recuerdo de la victoria obtenida en la Montaña Blanca sobre sus enemigos, los protestantes. En un ángulo del Platz hay un característico edificio gótico, de tejado cónico, delgados pináculos, y con una sólida torre cuadrada: esta es la antigua Casa Ayuntamiento, en cuya vasta cámara de sesiones, conocida con el nombre de sala de baile, se hallan las figuras esculpidas en madera que sirven de asunto á nuestro artículo. En esa magnífica cámara, construida y decorada con todo el lujo de la Edad media, celebrábase los festivales organizados por la ciudad, y no hay recuerdo de ninguna otra que se le pudiera comparar, en su género, por su elegante y majestuoso conjunto. Su techo cónico, admirablemente decorado, es ya de por sí una preciosidad; sus paredes ostentaban riquísimos frescos; y en su parte superior corriase un friso esculpido que representaba escudos, en los cuales se habian pintado los puntos más culminantes de algunas ciudades del imperio. Entre cada doce escudos veíase un nicho, y en estos nichos estaban las figuras de que vamos á tratar, á las cuales se representa bailando una especie de rigodon, segun se supone. En la época en que se esculpieron, púsose por título á toda la serie *Mauerscha tanntz* (probablemente aleman antiguo, que quiere decir danza morisca), siendo el nombre del escultor Erasmo Schnitzer. Ahora bien, como este apellido significa escultor, podemos suponer que, segun costumbre de la Edad media, se quiso expresar con él la profesion; de modo que de lo único que estamos seguros es del nombre de pila. Lo que tambien sabemos de cierto es que las figuras se hicieron en 1480, y que el hábil artista las esculpió por la mísera suma, á nuestro modo de ver, representada por ciento cincuenta libras de peniques (unas trescientas pesetas). Estos son los únicos hechos que han puesto en claro las más detenidas investigaciones.

Cuando Luis I de Baviera ocupó el trono, ese Mecenas entre los modernos príncipes, la sala de baile del antiguo *Rathaus* se hallaba en estado ruinoso; su precioso techo se habia cuarteado, y hasta la misma existencia de las figuras esculpidas habíase echado en olvido. El escultor Schwanthaler fué quien las desenterró por una

(1) La *ragua* ó *arragua* era una tejavana donde se purificaba ó refinaba con el fuego la vena de fierro destinada á cada *labranza* ó temporada del año en que la ferrería estaba en actividad.

(1) Establos.



feliz casualidad, hizo que las limpiasen, y obtuvo el real permiso para modelarlas, pidiendo en cambio de sus servicios que se le cedieran dos, las cuales obtuvo sin dificultad. No se sabe ahora dónde han ido a parar las figuras que Schwanthaler tomó; y es difícil comprender cómo un verdadero artista fué capaz de trincar así una preciosa colección completa, sólo por su gusto, porque esto es casi un acto de vandalismo. Si las esculturas están en poder de los herederos de Schwanthaler, estos deberían, cuando menos, depositar una reproducción en la Casa Ayuntamiento. Tampoco se sabe en qué orden estaban colocadas las figuras en un principio, y por lo tanto hablaré de ellas indistintamente.

Ante todo se ha de tener en cuenta que las figuras están esculpidas en madera, ese material inerte y algo tenaz que no se presta naturalmente a la escultura, pero con el que los antiguos maestros alemanes alcanzaron, no obstante, muchos triunfos, como lo prueban, por ejemplo, los tableros del coro de Ulm. Después de esculpidas las figuras en madera, se cubrieron con una capa de blanco a fin de trabajarlas de nuevo con el cincel, método que á menudo se empleó para las piezas de adorno de los altares en los siglos XIV y XV. Sin embargo, con la superficie más tersa obtenida de este modo, perdían algo de su vigor las primeras marcas del cincel.

Estas son las primeras impresiones que nos produjo un ligero examen; y es posible que después de una rápida ojeada el observador se incline á pronunciar la palabra *grotesco*, pero muy pronto espirará en sus labios si fija cuidadosamente la atención, pues lo que á primera vista puede parecer grotesco es tan sólo un resultado del excesivo deleite del artista al observar lo perfecto de su obra, el cual le condujo á extravagancias de fantasía y movimiento que, por otra parte, se adaptan tan admirablemente al asunto representado, que parecen del todo propias del conjunto. Es poco menos que maravilloso como en aquellos tiempos de la fotografía pre-instantánea se hacia corresponder la acción del ropaje á la del cuerpo con la más absoluta fidelidad, cosa rara hasta en los más célebres maestros. El escultor de esas figuras debía tener un golpe de vista tan certero como rápido; seguramente estudió bien el ropaje en acción, y no sólo consiguió imprimirlo en su mente, sino también reproducirle á su voluntad; y adviértase que esta adaptación del ropaje al movimiento es una de las principales bellezas de la obra, que como conjunto contribuyó maravillosamente á representar el movimiento en el arte, tarea siempre tan difícil y enojosa. Todos cuantos hayan estado en Roma habrán podido observar con sentimiento á qué extravagancias condujeron á Bernini sus tentativas para imitar con perfección el movimiento: en su estatua parece haber querido representar el personaje agitado por el viento, y sin embargo, los ojos no tienen la satisfacción de ver la ondulación correcta del ropaje. Nuestro escultor, al representar en sus figuras el movimiento mesurado ó jugueteo de su extraña danza, encontró un término medio admirable. Aquí se ve la acción y la pausa; y todo es natural en las imágenes. ¡Qué perfectamente indica un movimiento el que le ha de seguir! Admira también la particularidad de que la ondulación del ropaje se armoniza en toda la figura, y especialmente la circunstancia de que así detrás como delante, la posición de aquel corresponde con fiel exactitud al *momentum* de la acción del miembro. De aquí la naturalidad impresa en esas figuras, merced á la cual, como sucede con todas las obras del genio, no son de ningún tiempo ni período determinado, sino que pueden pertenecer lo mismo á nuestros días que á las demás épocas. Vístanse con tales trajes algunos individuos de nuestro siglo; que ejecuten los mismos movimientos, y se

embargo, aunque se hayan buscado así el naturalismo y la verdad, el conjunto no es ménos agradable á la vista; el ropaje presenta curvas y líneas sólo donde son necesarias, y únicamente se han introducido en él algunos accesorios para contribuir al mejor efecto.

Comencemos nuestra descripción por el muchacho negro (fig. 4) que debió agregarse á la compañía europea. Como ya sabemos, el negro era la figura favorita de los artistas de la Edad media. Su nariz achatada, sus labios gruesos, su tipo africano, en fin, se indica perfectamente en todo: véase cómo una sonrisa entreabre su carnosa boca; baila con viveza, y parece deleitarse en la cadencia rítmica; pero á la vez que se mueve, siguiendo el compás, su mirada está fija en alguno, probablemente el director, que hace las señas. En todas las figuras se nota la misma atención en la mirada. Las campanillas que ostenta en la pierna son un adorno que todos sus compañeros llevan en alguna parte del traje, y sus sonidos debían contribuir á realzar más la danza. En alto grado cómico es ese negro con su traje de la Edad media, que tan mal se aviene con su rostro y su cabello. ¡Qué cuidadosamente está esculpido; con qué fidelidad se indica cada detalle; qué perfectamente modeladas están las manos! Estas últimas son muy dignas de estudio, y por lo exquisito del trabajo corren parejas con el ropaje; no sólo son hermosas, sino también características, pues indican la condición del individuo. ¡Qué maravillosamente se representa en este muchacho el espíritu del salvaje, y qué naturalidad se observa en sus movimientos y actitud! No ménos fielmente entregado á la excitación del momento, se nos representa el joven de la fig. 8, en el que el artista ha puesto, con feliz audacia, una compacta trenza de cabello; su ropaje ondula en el loco ímpetu de sus movimientos, sin que en estos se note la menor violencia, como en las figuras de algunos de los demás personajes. Obsérvese la perfección de sus ropas; su capilla flotante parece algo más abultada de lo que resultaría con el verdadero material, y reconócese que está ahuecada por dentro, pues sobresale visiblemente, lo cual comunica más ligereza al efecto del conjunto; nótese también lo atrevido de la actitud de la figura, adelantando la pierna; en su brazo y en el cuerpo ostenta las campanillas, y al rededor de la pierna se ve atada como una cinta, tal vez algun recuerdo de su dama. ¡Qué diferencia hay en la actitud y expresión del hombre de edad más avanzada (fig. 9), que se esfuerza para seguir el compás! En su afán de hacerlo bien obsérvase como oprime los labios; y esto es otra prueba de que toda la danza no se reduce á un baile desordenado, sino que tiene un objeto verdaderamente artístico. El rostro de este hombre es familiar en los frescos del gran Florentino; sus facciones son propias de un individuo de la época, como lo es también su traje; lleva el calzado puntiagudo de aquel tiempo y hombreras, efecto que el artista ha buscado con rara habilidad, pues se ve muy bien el sitio en que aquellas terminan, permitiendo que vuelvan á flotar las mangas.

Una compañía de baile de la Edad media que llevaba un negro no hubiera sido completa sin tener también un jorobado ó un enano, pues nuestros antecesores de aquella época combinaban con el amor á la belleza física un gusto singular por las deformidades naturales. Aquí tenemos, pues, á nuestro jorobado (fig. 2); su giba no se marca mucho, pero existe, aunque se disimula en parte por la posición que el paso de la danza requiere. Su chaqueta puntiaguda, adornada con borlas, y su sombrero cónico de payaso, indican el lugar que ocupa en la compañía; este sombrero está sujeto debajo de la barba con un pañuelo que se anuda por detrás, evidentemente para que no caiga por el rápido movimiento del baile. La expresión del rostro es inteligente, é indica que el bufon conoce bien el papel que desempeña, al paso que su mirada penetrante, como suele serlo la de los jorobados, revela cierto cinismo. Donde todo es excelente se nos resiste especializar; pero en cuanto á expresión, esta figura es tal vez la más notable de todas. Aquí tenemos otro hombre de edad (fig. 6), el cual se distingue desde luego por el extraño adorno de su cabeza, que remata imitando la de una serpiente, y que también está atado para mantenerle sujeto durante la agitación de la danza. Obsérvese este toque maestro. Curiosas son sus prolongadas mangas flotantes, que se arrollan ó anudan por el impulso de los movimientos; tiene las mejillas hundidas; los labios sumidos por la edad, y sin embargo, trata de sonreír y parecer alegre, cual conviene á su actitud, pero si se examina más de cerca, nótese que esa sonrisa es forzada, como la que se observa demasiado á menudo en el semblante de los comparsas del teatro y otros: también lleva campanillas en la pierna. Gallardo es el aspecto del hombre de la fig. 5, que baila con más gravedad, marcando los pasos; su sencillo bonete está anudado también con una cinta debajo de la barba; lleva el traje ceñido, sólo con una pequeña parte suelta para recoger el aire, y

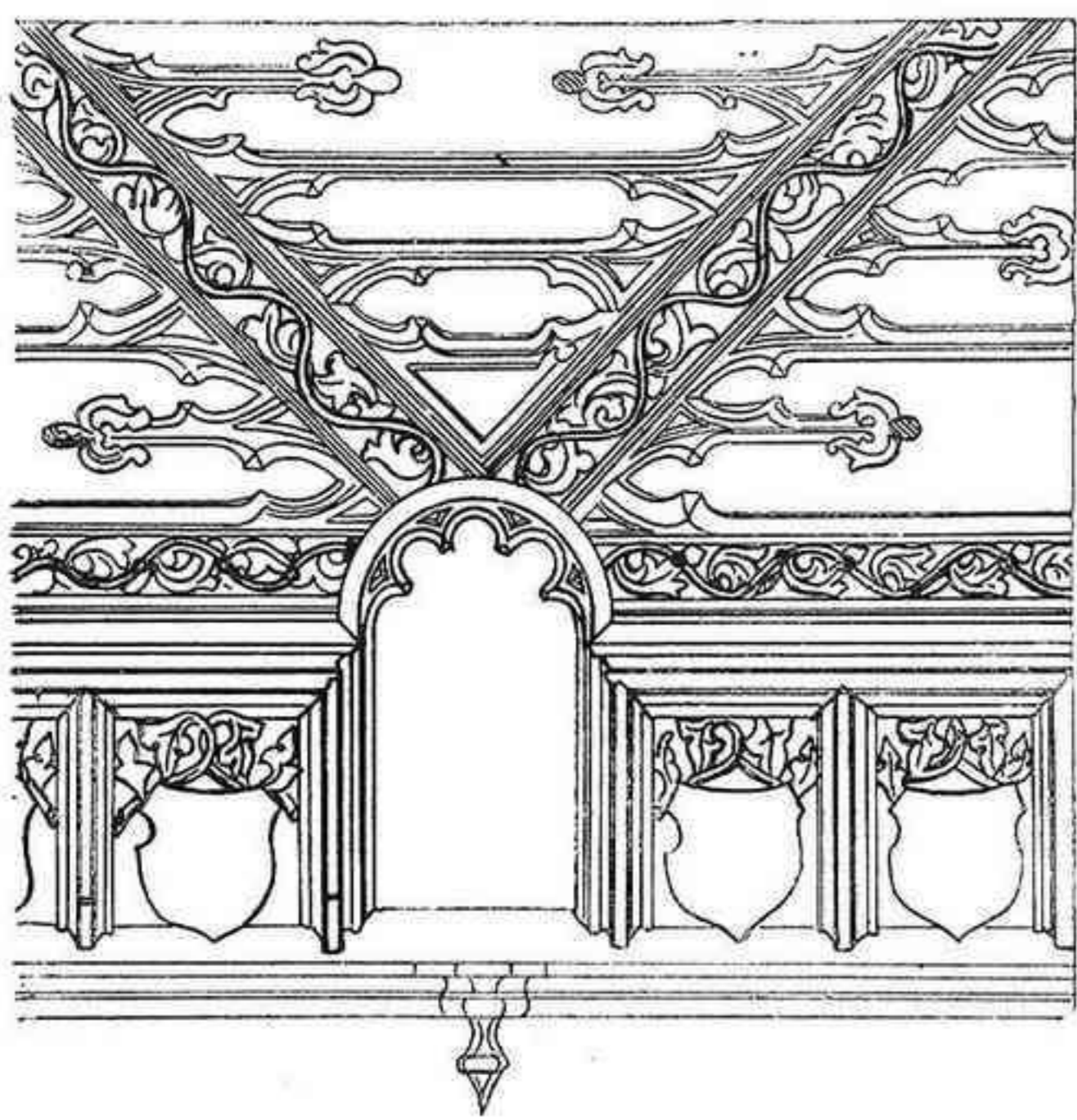


LA CASA CONSISTORIAL DE MUNICH

esta es la que se ha arrollado, como lo indica la pieza que desde el hombro va á enroscarse en la muñeca, y el faldón de la túnica que pasa entre las piernas. Como se verá desde luego, estas figuras serían sólo por el traje un interesante estudio, si no tuviesen otra cosa que admirar. Traje ceñido lleva también el hombre de la figura 10, cuya cabeza cubre una especie de turbante, y que calza botas completamente gastadas por el uso, pues la del pie izquierdo deja ver los dedos. La mirada de este hombre es atrevida é impertinente, y aunque marca sus pasos como los demás, no parece hacerlo con la agilidad salvaje de sus compañeros; sus labios se entreabren por una sonrisa burlona, á la cual comunica más expresión la nariz aplanada y ancha en la punta. En la figura 3, que tiene la cabeza cubierta con una especie de chacó, obsérvese una actitud muy distinta de la de las otras figuras: este hombre baila con timidez y prudencia, como lo indica bien su mirada; y seguramente no necesita sujetar su sombrero, porque sus movimientos no son demasiado enérgicos; sus manos extendidas parecen animadas, y sus dedos levantados marcan sin duda el compás. La expresión de esta figura es á la vez digna é inteligente, y la mirada de sus ojos grave; pero con su faja arrollada y el singular adorno de su cabeza, representa un verdadero clown; su edad no le permite hacer con el cuerpo tantas contorsiones como sus compañeros más jóvenes, pero compensa esto con la acción de sus manos y brazos, tan burlesca como enérgica. ¿Qué podría haber en esta figura más cómico por su efecto, ni mejor ejecutado que su mano extendida, mostrando la palma? En cuanto al hombre que nos representa la figura 1, es un verdadero payaso, y admirar el vigor y espíritu con que baila, deleitándose al parecer en sus saltos y cabriolas; su semblante está animado por una sonrisa; y diríase que sus manos baten el aire que llena sus anchas mangas, inflándolas como si fueran globos: indudablemente era el bufon de aquella singular compañía. ¿Qué hubiéramos visto en las figuras 11 y 12 si no hubiesen faltado? Casi podemos inferir que eran las mejores de todas.

El antiguo palacio del Ayuntamiento de Munich es objeto ahora de una cuidadosa restauración; el techo cónico se ha vuelto á descubrir, y con él los nichos y escudos; de modo que las figuras volverán á ocupar su antiguo sitio; y hasta es posible que se vuelvan á pintar como ántes, porque el restaurador cree haber obtenido el primitivo color. De esperar es igualmente que cuando todo se haya completado, se saquen de su escondite las dos figuras que faltan, para reunir las con sus compañeras. De todos modos, Munich puede enorgullecerse de poseer un tesoro artístico legado por el siglo XV, y que se debería conocer mejor. Para los amantes del arte, para los escultores y grabadores no puede haber estudio más instructivo é interesante que el que ofrecen esas figuras representando la danza morisca.

No omitiremos advertir que nuestro dibujo es una copia fiel y exacta, hecha por alumnos de la escuela de Mr. Herkomer, quien tuvo la suerte de que se le permitiera modelar las figuras cuando estuvo en Munich el pasado otoño.



PARTE DEL TECHO DE LA CASA CONSISTORIAL DE MUNICH

observará una completa semejanza. Pedro Visscher y Adam Krufft, con toda su excelencia, no hicieron nunca otro tanto, ni llegaron á esa altura; fueron siempre de su época, y sus producciones no pasaron de ser las que de ella se podían esperar. Debe advertirse también que esas figuras están honesta y artísticamente acabadas en todo su contorno, aunque sólo se ven de frente cuando se hallan en su sitio. Cuanto más se estudian, mejor se observa la perfección y propiedad de las líneas, y cómo ocupan todas con la mayor exactitud el lugar que deben. Y sin



## LA DANZA MORISCA



FIG. 1



FIG. 2



FIG. 3



FIG. 4



FIG. 5



FIG. 6



FIG. 7



FIG. 8



FIG. 9



FIG. 10

Figuras que adornaban el Salon de sesiones de la Casa Consistorial de Munich

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

## DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicación de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprensión de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la mas importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

## HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. - *Ornamentacion*, 2 tomos. - *Escultura y Glíptica*, 1 tomo. - *Pintura y Grabado*, 1 tomo. - *Cerámica*, 1 tomo. - *Historia del traje, armas y mobiliario*, conteniendo la colección completa de la obra de F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicación será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP DE MONTANER Y SIMON